



Dos palabras de Marta *Autor: Domingo Díaz Flores* *Ganador 2014 relato corto adulto*

Abrí la puerta que conducía al sótano. El agudo chirrido que como una lanza atravesó mis oídos y la pesadez de giro provocada por el óxido de las bisagras, eran señales inequívocas del largo período de tiempo transcurrido desde la última vez que alguien usó esta entrada. Al menos nueve años, posiblemente desde que a mi madre empezaron a fallarle sus desgastadas rodillas y sus fuerzas se batían en retirada. Accioné el interruptor de la luz, que cubrió con su tono amarillento los diecinueve escalones que descendían hasta la intimidad que yo pretendía profanar y las viejas telarañas que colgaban del techo. El aire viciado del recinto quiso escapar de su ocasional prisión y un desagradable olor a humedad inundó mi nariz pero, a su vez, hicieron saltar los resortes melancólicos de mi memoria, que por unos instantes me trasladó a aquellos días de mi niñez, cuando jugaba con mis dos hermanos al escondite y yo, que no alcanzaba a comprender por qué siempre le tocaba a la más pequeña, debía buscarlos en el lugar de la casa que más miedo me infundía. Durante una fracción de segundo tuve la agradable y fascinante sensación de que mi cuerpo, física y mentalmente, había viajado cuarenta años atrás.

Cuando volví a la realidad, las dudas que aún me asaltaban acerca de lo que iba a hacer me impedían bajar el primer escalón. Pero mi curiosidad, reprimida durante años, estaba desbocada desde el día que decidimos venir a mostrar la casa a los nuevos compradores. Aún así, bajé los escalones muy despacio, como si fuera la primera vez que lo hacía, temiendo que mi impaciencia me hiciera tropezar. Cuando llegué abajo encendí la única luz que iluminaba todo el sótano, una bombilla central que colgaba del techo, pero con tanto espacio que alumbrar que su luz quedaba tan esparcida que se hacía tenue y

escasa. Nunca nos hizo falta más ya que, al fin y al cabo, solo bajábamos allí para guardar todo lo que quedaba en desuso.

Yo sabía muy bien dónde se encontraban los cuadernos, siempre lo supe. En el desvencijado baúl de mi abuela que mi madre se empeñaba en conservar, aún a riesgo de desplomarse desarmado, exhausto por el paso del tiempo y por su frecuente uso. Recuerdo a mi padre reparándolo en varias ocasiones para mantenerlo de una pieza cuando la situación era ya insostenible. Él lo llamaba jocosamente las “intervenciones urgentes”. Aún sigue en pie, erigiéndose como el depositario indiscutible de los recuerdos de tres generaciones.

Allí seguía, al fondo de la estancia, frente a la escalera. Su color beige resaltaba sobre el oscuro cemento de la pared y, pese a la escasa luz y el manto de polvo que lo cubría, parecía resplandecer vigorosamente invitándome a acercarme a él. Mientras me dirigía a abrirlo esperando encontrarme con el alma de mi madre, observaba los juguetes que tanto nos hicieron disfrutar a mis hermanos y a mí durante nuestra infancia, ahora arrinconados y cubiertos de polvo, pero evocadores de aquellos días tan felices en que jugábamos con ellos: el pequeño triciclo rojo, totalmente metálico y con ruedas radiadas, el Seat 124 verde con llantas blancas teledirigido por cable, mi diminuto armario de madera para la ropita de mis muñecas o la presumida muñeca Nancy a la que le faltaba un brazo porque a mis hermanos, cuando discutíamos, les resultaba más fácil desmembrar a ella que a mí. Me hubiera gustado que mis hijos hubiesen jugado alguna vez con estos antiguos juguetes, estoy segura de que habrían disfrutado con ellos como lo hice yo. Pero no hubo oportunidad, las ajustadas viviendas familiares que teníamos no nos permitían disponer de espacio para almacenar recuerdos de ningún tipo. Esta sería la última vez que los viera, se quedarían aquí, con la casa, a disposición de los nuevos dueños.

Pero eso no importaba en absoluto. Mi objetivo era conservar los cuadernos que escribió mi madre, los que nunca me dejó leer porque decía que pertenecían a la intimidad que como persona, antes que esposa y madre, merecía. Los pensamientos secretos que mi madre había plasmado allí me tenían fascinada de tal forma que en varias ocasiones estuve a punto de arrebátárselos a escondidas. Aún con mi corta edad, siempre conseguí controlarme y respetar sus deseos. El día que fue enterrada, mis hermanos y yo vinimos a preparar la casa para dejarla cerrada indefinidamente ya que ninguno de nosotros sabía cuándo volvería por aquí. No disponíamos de tiempo suficiente en nuestras ajetreadas vidas y la distancia jugaba en nuestra contra. Tuve la tentación de bajar al sótano, abrir el baúl beige de herrajes negros y llevarme los ansiados cuadernos, pero no pude. Su muerte estaba

tan reciente que tenía la sensación de que mamá aún podría cazarme fisgoneando en sus cosas y ganarme una buena reprimenda. Aunque ella siempre me había otorgado su permiso de forma implícita para cuando llegara este momento. Cada vez que yo le pedía leer lo que escribía me decía: *“Aún eres muy pequeña. Ahora no tienes edad para comprenderlo. No seas impaciente, algún día lo leerás”*.

Abrí el baúl, que mi madre nunca cerró con llave, y un delicioso leve aroma a azahar sorprendió agradablemente mi olfato. Era su perfume preferido, pero siempre lo usaba sin estridencias, sin saturación, sin destacar entre el resto de olores que una podía percibir pero que, cuando llegaba a tu nariz, te hacía sentir la necesidad de inundarla con él, de seguir su rastro hasta la fuente de donde emanaba y aspirarlo todo hasta la saciedad. Allí estaba su vestido de novia, cubriendo todo el contenido del baúl. Había dejado de ser blanco para adquirir un tenue color amarillo por el paso del tiempo. Lo saqué y lo extendí para verlo una vez más. Aún conservaba las manchas causadas por mis reiterados intentos de ponérmelo para comprobar si me sentaría igual de bien que a mi madre y que luego, con sumo cuidado, intentaba disimular doblándolo de forma que no se apreciaran. Mi madre nunca me regañó por ello, aunque era obvia la burda manipulación que sufría el vestido cada vez que yo jugaba con él. Allí estaba también la habitual foto de boda de la época, el plano de busto en blanco y negro del matrimonio, ella con la mirada perdida y él mirando a ella. Mi padre siempre me había parecido el hombre más guapo del mundo en esta foto. En un pequeño sobre blanco estaban las dos entradas del cine Ideal para ver el estreno de Doctor Zhivago en mil novecientos sesenta y seis. Fue la primera vez que mis padres asistieron a una sesión de cine juntos. Encontré la foto que mamá y Luisa, su mejor amiga, se hicieron en un soleado día de campo, cuando aún disfrutaban de su soltería. Su amistad duró lo que sus vidas. La muerte de Luisa dos años antes que mi madre fue un duro golpe para ella del cual nunca llegó a recuperarse.

Cuando por fin me topé con los cuadernos mis hermanos comenzaron a vociferar desde arriba en busca de mi paradero. Habían despedido a la joven pareja que estaba interesada en la casa y querían marchar cuanto antes: *“¡María! Tenemos que irnos. ¡Hombres! Siempre tan ajenos a lo que ocurría a su alrededor. Tan carentes de sentimientos, o de necesidad de expresarlos al menos. Aunque ambos sabían que mi madre escribía estos cuadernos, nunca mostraron la más mínima curiosidad por saber qué pensaba ella, cuáles eran sus sentimientos. Pero la querían, la querían mucho. Mi hermano mayor estaba verdaderamente afligido el día que mamá falleció. No paró de llorar. Jamás había visto así al que fuera el hombre de la casa desde que murió mi padre, al hombre fuerte, al*

cabeza de familia. También tiene su corazón, aunque me cueste reconocerlo algunas veces. Somos diferentes, eso es todo.

Los siete cuadernos que escribió mi madre estaban apilados y atados por un fino cordel formando un paquete. Todos tenían la pasta dura de color rojo burdeos con el título “LIBRO DE ACTAS” en letras doradas. Eran los mismos cuadernos que utilizaba mi padre para su negocio. Siempre tenía alguno sin estrenar, así que era lo que ella tenía a la mano para escribir. Esto me tuvo despistada durante un par de años. Mi padre me dejaba leer sus libros de actas sin impedimentos de ninguna índole, aunque aquello era para mí de lo más aburrido e ininteligible: “se levanta la sesión a las doce y cuarenta y ocho”, “el Administrador presenta su renuncia irrevocable”, “la votación se hará por mayoría simple”. Eran expresiones que con siete años no alcanzaba a comprender, ni siquiera lo intentaba, solo me preguntaba si mamá también escribiría estas cosas en sus libros de actas y por qué. Eso hacía que ardiera en deseos de acceder a aquellos cuadernos. Todavía recuerdo con cierto rubor la indescifrable pregunta que le hice a mi profesor de segundo para intentar arrojar algo de luz sobre este asunto: *“Don Manuel ¿Las madres por qué escriben sus actas en un libro?”*

Todos los cuadernos tenían el nombre en la portadilla interior, Marta Mendizábal, y la fecha en que escribía aparecía en la cabecera de la primera de las hojas que utilizaba ese día. Abrí el primer libro y la primera hoja estaba fechada el veinte de octubre de mil novecientos sesenta y tres, el día que yo nací, el día que mamá tomó la decisión de legar sus sentimientos y sus emociones plasmándolos por escrito en este testamento de su alma. Supongo que la alegría de haber parido a la niña que tanto deseaba influyó en esta decisión. En estas primeras reflexiones describía cómo, convirtiéndose en madre, había llegado al cénit de su vida, a la plenitud como persona, para ella la justificación última de su propia existencia. Enumeraba los sentimientos, emociones y sensibilidades que se le habían despertado o potenciado a raíz del nacimiento de su primer hijo. Recuerdo que me habló de esto mismo cuando tenía nueve años. Lo comprendí dieciocho años después, cuando tuve a mi primer hijo y descubrí el inconmensurable amor de madre, el mismo que mi madre había sentido por mí y al que nunca correspondí en su misma medida justo hasta el momento en que pusieron en mi regazo al nuevo fruto de mis entrañas, ensangrentado y llorando con todas sus fuerzas. Siempre había creído querer a mi madre, pero fue a partir de aquí cuando mi amor por ella se hizo infinito, eterno, real.

Seguí ojeando el resto de cuadernos, leyendo entusiasmada sus pensamientos. De alguna manera todos me resultaban familiares porque ella me los fue transmitiendo a lo

largo de su vida, en aquellas conversaciones que manteníamos de vez en cuando, desde los años infantiles en que a mí me empezaban a proliferar las dudas acerca de la vida, las existenciales, las físicas, las metafísicas, las emocionales, las fáciles y las difíciles de resolver. Encontré lo que escribió el cuatro de febrero de mil novecientos sesenta y ocho acerca del concepto que tenía de la vida. Cinco años después me lo explicaría de viva voz una tarde de primavera en la que yo lloraba desconsolada por la muerte de mi mascota “Pequi”, un gorrión al que crié desde que salió de su cascarón: *“Es lógico que ahora te sientas muy mal, María, pero así es la vida, cruel a veces, sí, pero maravillosa en definitiva. Verás, así lo veo yo: la vida es un reto constante, una apuesta. Apuestas por vivir o por no vivir. Si apuestas por vivir optas por afrontar la vida con todas sus consecuencias porque, como en toda apuesta, puedes ganar o perder. Por ejemplo, si apuestas por la amistad de una amiga puede que esa amistad dure toda la vida, pero también te arriesgas a perderla en cualquier momento y por cualquier motivo. O si decides tener una mascota, jugarás con ella y le tendrás afecto, pero asumes que algún día puede morir y dejarte y que eso te partirá el alma. La segunda opción sería no arriesgar nada, no tener amiga, ni mascota, pero eso sería no vivir”*. Esta descripción fue decisiva para mí en la manera de afrontar mi vida a partir de ese momento.

Llegué hasta el último cuaderno. Casi todas sus hojas estaban en blanco, excepto las seis primeras. Habían sido escritas en cuatro fechas diferentes. La última de ellas era el veinticinco de agosto de mil novecientos setenta y cuatro. Ese día mi madre solo escribió dos palabras, una pregunta: *¿Por qué?* Es posible que con intención de contestarla, pero no lo hizo. Jamás volvió a escribir. El resto de la página estaba salpicada de pequeños círculos donde el papel se ennegrecía, como si gotas de lluvia hubieran caído sobre él. Siempre recordaré ese día como el más triste de mi vida. Aquella calurosa mañana de domingo el cortejo fúnebre salió de mi casa a las doce menos cuarto. El silencio absoluto era abatido por el llanto desgarrador de mi madre, cuyos sollozos se clavaban en mi corazón como afilados cuchillos de doble filo que me producían un insoportable e intenso dolor, y que se sumaba a la amargura y tristeza de saber que mi padre yacía en aquel recién barnizado féretro de madera a hombros de unos cuantos hombres. Quizás mi madre se preguntaba con esas dos palabras *por qué*, tras una larga lucha contra una enfermedad que casi le cuesta la vida, *por qué*, después de sacar adelante junto a su esposa una familia con tres hijos, a veces con penuria, *por qué*, habiendo salvado su negocio de la bancarrota con dedicación y esfuerzo, *por qué* la fatalidad se cebó en él sobreviniéndole una muerte absurda, cuando, el día anterior, de camino al trabajo, tropezó y un mal golpe se lo llevó para siempre. Cuando

volvimos a casa después de enterrar a mi padre, mi madre se encerró en su habitación e intentó derramar sus sentimientos sobre el papel, pero solo sus lágrimas consiguieron llegar hasta él. Tal vez no escribiera la respuesta a esa pregunta pero estoy segura de que la grabó en su mente. Mi madre apostó por un matrimonio feliz y perdió la apuesta, esa apuesta. Pero optó por vivir, por seguir viviendo. Así que, cerró el cuaderno y, enjugándose las lágrimas, salió de su habitación y, con tan solo la expresión de su cara y la mirada que nos dirigió a cada uno de nosotros tres, nos transmitió que tendríamos que continuar nuestro camino sin mi padre y que todo saldría bien.

Mis hermanos empezaban a impacientarse y volvieron a requerir mi presencia para marcharnos, así que cerré el baúl, apilé de nuevo los cuadernos, los até con el fino cordel y me dirigí con ellos hacia la escalera que me haría emerger del mar de recuerdos en que había estado sumida durante las dos últimas horas. Por fin, después de tantos años, tenía en mi poder los anhelados libros de actas que mi madre escribió. Serviría para recordarla y para alimentar mi propia alma con sus pensamientos. Subí el primer escalón y me detuve. La idea golpeó tan fuerte mi mente que estuve aturdida por unos segundos. Pero no me equivocaba, yo no necesitaba esos cuadernos, lo que contenían no era ningún secreto. Ni siquiera mis hermanos necesitaban leerlos para conocer a mamá. Los tres estábamos impregnados de todo cuánto allí se decía y, a través de nosotros, nuestros propios hijos. Nuestra madre se encargó de ello educándonos a lo largo de los años, contagiándonos su forma de ser, transmitiéndonos sus valores de vida, formándonos en el amor, en el esfuerzo, en el coraje, en la amistad, en la familia, en... vivir. Claro que no, no me hacían falta. Pensé que serían de más utilidad a otras personas, así que me volví y dejé los cuadernos en el baúl beige. Es posible que la joven pareja que al fin compró la casa los leyera algún día y quedara fascinada como mi madre me fascinó a mí. Subí los diecinueve escalones, apagué la luz y cerré la chirriante puerta por última vez.